

# Por puro amor al conocimiento

*“El que come del fruto del árbol del conocimiento siempre es arrojado de algún paraíso”  
- William Ralph Inge*

¿Te has preguntado por qué eres maestro, docente, guía o profesor? Por qué, a pesar del esfuerzo, los condicionamientos, las dificultades, el cansancio, las montañas de trabajos por calificar, las hojas burocráticas por llenar, ¿aún sientes que estás vibrando bajo el hechizo de aquello que llaman “educar”? Yo te lo diré: por puro amor al conocimiento.

Pero no me refiero explícitamente a ese conocimiento que debes impartir, sino aquel que ha estado en tu corazón siempre, esperando despertar. Esa sensación inagotable de querer seguir aprendiendo. Esa curiosidad auténtica e insaciable que no se detiene jamás. Eso que nos apasiona, que gobierna nuestra esencia, nuestro espíritu, no solo la mente.

Amor por el conocimiento es como una adicción. La padecen todos aquellos que se dieron cuenta de que no hay una sola forma de aprender, sino múltiples puertas para conquistar los sentidos.

Que lo que se aprende se riega por diferentes dimensiones, diversas aristas, diversos caminos, diversos ángulos de introspección. El conocimiento no puede ser único, porque estaría traicionando su más pura esencia, es decir, su naturaleza transformadora y polifacética.



El amor por el conocimiento hace que nuestras clases sean dinámicas, únicas y creativas. Dejamos de transmitir de manera mecánica, repetitiva e impersonal un currículo (que ha sido ideado por otros), para adentrarnos en eso que realmente nos apasiona.

¿De qué nos sirve aplicar el ABP o cualquier otra metodología pedagógica, si su verdadera motivación no nace de intentar contagiar a nuestros alumnos el amor por el conocimiento? Todo proyecto, para ser proyecto, debe albergar la semilla de la pasión por conocer; no por cumplir, no por tener que hacerlo, no por terminarlo, no por alcanzar resultados, sino por que se abran más puertas de conocimiento, más ganas de aprender.

Un proyecto debe llevar a otro proyecto y a otro proyecto y a otro proyecto. Y así ad infinitum. Es

por esto que el amor por el conocimiento no tiene fin. Sería como aniquilarse a sí mismo.

Un proyecto sobre mariposas, por ejemplo, tendría que llevarnos a crear otro sobre las montañas en Australia, y luego otro sobre la invención de los relojes de arena, y otro sobre el espíritu escondido detrás de los cantos gregorianos, y otro sobre la transformación de los sólidos a líquidos, y otro sobre la noción del tao en la dualidad cambiante del yin y el yang, y otro sobre la música rock de los sesenta, y otro sobre la forma de contar incaica... Solo el amor por el conocimiento encuentra vínculos y relaciones entre todos estos temas.

¿En qué momento nos dejamos convencer de que conocer el mundo es una historia de subtemas fragmentados y aislados? El



¿De qué nos sirve aplicar el ABP o cualquier otra metodología pedagógica, si su verdadera motivación no nace de intentar contagiar a nuestros alumnos el amor por el conocimiento?



amor por el conocimiento nos recuerda que todo está interconectado. Que nuestra mente aprende conectando, tal como hacen los niños cuando juegan, encontrando vínculos con todo lo que experimentan. Y que, incluso, si es necesario separar, no está significando dividir, sino descubrir más y más relaciones entre sí.

De hecho, el trívium y el cuadrivium (base de las artes liberales) aplicaron la idea de interconexión entre disciplinas aparentemente separadas entre sí, pero que en el fondo hablaban de una armonía, un orden y medida que rigen en el universo.

El amor por el conocimiento nos habla de que este no tiene que ser únicamente utilitario. Si lo que aprendemos solo está mediado por un criterio utilitario, entonces la razón de ser del ser humano se convierte en algo espurio, vacío.

Si cada célula de nuestro cuerpo está gobernada por las mismas leyes del universo, entonces hay un propósito más profundo e in-

comprensible que el simple hecho de existir. No hemos venido a este planeta a llenarnos de conocimiento para poder tener un trabajo y pagar lo que comemos. Hemos venido a maravillarnos y a contarnos entre todos cuán poderoso es ser protagonistas de esas maravillas.

El amor por el conocimiento no nos puede dejar impasibles. Por el contrario, hace que nos sintamos incómodos, incompletos, insaciables. Nos obliga a ver más allá, a no conformarnos con lo primero que nos llega, a adentrarnos en la madriguera del conejo.

Esto lo sabía muy bien Lewis Carroll, autor de Alicia en el país de las maravillas. Perseguir el conocimiento supone un camino de aventuras, de transformaciones, de incertidumbres, de dichas, de cuestionamientos. Alicia no solo experimentó cambios, sino que se encontró consigo misma y ya nunca fue la misma. El amor por el conocimiento es ese transitar por lo desconocido para volver a casa, al encuentro con el yo.

Si sientes amor por el conocimiento y por la materia que estás impartiendo, serás como un pozo de agua inagotable que llena la sed de tus alumnos por aprender. Si no te transformas en ese pozo, los alumnos que pasarán por tus manos buscarán en otras fuentes, muchas veces perversas y peligrosas.

Entonces, pregúntate, ¿qué es todo aquello que me apasiona?

Si te gusta la guitarra, pero piensas que no tiene nada que ver con tus clases de matemáticas, ¿por qué no empezar a explorar formas de vincularlas? Los números y la música tienen muchísima más conexión de lo que nos imaginamos. No es sino adentrarnos en la filosofía de Pitágoras para constatarlo.

Un plato de comida típica que te enseñó a hacer tu abuelita y del cual sientes orgullo tiene todo el potencial para convertirlo en una clase de literatura. O de ciencias, o de matemáticas, o de...

Una canción de los Beatles puede inspirarte a crear una lección so-



Perseguir el conocimiento supone un camino de aventuras, de transformaciones, de incertidumbres, de dichas, de cuestionamientos.

bre las galaxias o sobre la ley de la gravedad o sobre las relaciones humanas o sobre la vida de Mozart.

Un viaje inolvidable puede ser la materia prima para indagar en la historia o la geografía o la gramática.

Una afición por la moda podría gatillar inspiración para recrear episodios de la historia universal y/o nacional, por ejemplo.

Amor por el conocimiento comienza con conocerse a uno mismo. Te aliento a que descubras formas de hacerlo. Por lo pronto, podrías empezar con un pequeño ejercicio de reflexión:

1. Haz una lista de las cosas que verdaderamente te apasionan. Tal vez hayas pensado que ya es muy tarde para rescatarlas y de integrarlas en tu vida. No importa. Todavía hay tiempo. Convéncete de una vez por todas que nunca, jamás, es tarde para ello.

2. En otra lista, escribe qué dones, talentos, habilidades o intereses tuyos tienen que ver con tu carrera o con la materia que enseñas.

3. En una tercera lista, escribe qué dones, talentos, habilidades o intereses tuyos NO tienen que ver con tu carrera o con la materia que enseñas.

4. ¿Puedes ver conexiones entre las tres listas?

5. Incluso si crees que no hay conexión entre algunas de ellas, no las dejes de lado. Cierra tus ojos y pregúntale a tu corazón qué significados escondidos están ahí. Por algo las incluíste. Profundiza en ellas, no juzgues nada, y comienza a darle tiempo y espacio a todo eso que forma tu verdadero ser y que has estado aplazando o subestimando.

6. Lee, investiga, indaga, métese en las aguas profundas de eso que verdaderamente te

gusta. Crea un proyecto propio que te motive a conocer más sobre él. Busca personas con las que puedas compartir esa pasión.

7. Atrévete a aprender aquello de lo cual te han convencido de que eres incapaz y que tú les creíste. Date la oportunidad de ser el autor de tu propia obra de arte.

8. Deja de clasificar los conocimientos como superiores e inferiores. No hay conocimientos jerarquizados. Todo saber guarda un tesoro escondido. Todos los pueblos del mundo han aportado con sus descubrimientos y experiencias. Ninguno es mejor que otro.

9. Sal de la rutina. Elige diferentes formas o caminos de hacer lo que tienes que hacer. Conversa con otras personas. Llénate de curiosidad por saber qué piensan o qué sienten las personas que te prestan servicios.

Aborda temas que te parecen rarísimos o exóticos. Aprende una palabra nueva cada día. Atrévete a hacer algo que jamás imaginaste hacer. Sé irreverente. Y jamás, jamás, jamás busques la aprobación de los otros.

Por eso, ¡no dejes de explorar! No conviertas tus clases en lecciones.

Con tu amor por el conocimiento, haz que tu momento de enseñar alcance el nivel máximo de magia y erudición.

¡El paraíso no es sino un constante devenir de frutos prohibidos!